

Jóvenes, política e identidad nacional. Un estudio con jóvenes universitarios colombianos

Diego H. Arias Gómez¹

Alexander Ruiz Silva²

Resumen

El presente escrito da cuenta de un estudio cuyo objetivo fue explorar y analizar la relación entre imaginarios sociales de nación, percepción de la historia de Colombia aprendida en la escuela y procesos de identificación nacional en jóvenes universitarios vinculados a distintas carreras profesionales en Bogotá. La exploración de dicha relación se llevó a cabo desde un enfoque cualitativo, con la utilización de distintas estrategias dialógicas, entre ellas la entrevista a profundidad, la entrevista informal, los grupos focales. Entre los hallazgos principales del estudio, vale la pena destacar que los procesos de identificación con la nación propia, en este tipo de población y contexto histórico-cultural, articulan una esfera existencial y una moral desde un horizonte político que a su vez se configura desde valoraciones románticas y positivas del pasado y en apuestas de porvenir fincadas en la confianza en la sociedad nacional (pueblo, historia y cultura) y en el descrédito del Estado nación.

Palabras clave: imaginarios de nación, historia aprendida, identidad nacional, esfera política, jóvenes universitarios.

Abstract

The present paper reports a study whose objective was to explore and analyze the relationship between social imaginary nation, perception of the history of Colombia learned in school and national identification processes in university students linked to various careers in Bogota. The exploration of the relationship was conducted from a qualitative approach, with the use of different dialogic strategies, including in-depth interviews, informal interviewing, focus groups. Among the major findings of the study, it is worth noting that the process of identification with the nation itself, in this population and historical -cultural context, articulate an existential and moral sphere

¹ Profesor de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas (Colombia).

² Profesor de la Universidad Pedagógica Nacional (Colombia).

from a political horizon which in turn is configured from romantic and positive assessments of the past and come future proposals on trust in national society (people, history and culture) and the discrediting of the nation state.

Keywords: imaginary nation, learned history, national identity, political, university students.

Identidad nacional y enseñanza-aprendizaje de la historia

La identidad nacional, así como todo tipo de identificación social, es una construcción histórica, cultural y política, un constructo que nombra pertenencias grupales y que traza líneas divisorias de manera deliberada entre un *nosotros* y un *ellos*. Esta idea es igualmente defendida por Glover, para quien

las naciones y las personas no son solo similares por el hecho de que no exista un alma nacional o un ego metafísico. Se parecen también por el hecho de ser, hasta cierto punto, más artefactos que cosas cuya naturaleza nos venga dada. (2003: 35)

Esta construcción, principalmente agenciada por el Estado nación mediante procesos de educación cívica en la escuela, se vale de distintos recursos para generar sentimientos de adhesión, pertenencia y lealtad a las mismas instituciones del Estado. Dichos recursos pueden variar de una nación a otra o de un período a otro, dependiendo de los intereses en juego. La etnicidad, la lengua, la religión, las ideas de una dominación padecida, un pasado glorioso, héroes fundadores y liberadores, la tragedia y la gloria común, una amenaza presente, un proyecto por construir, entre otros, son aspectos que se pueden invocar para este propósito (Gellner, 1993; Hobsbawm, 1994; Barton y Levstik, 2004; Anderson, 2006; Kriger, 2010 y Ruiz, 2011). Ernest Renan ([1882] 2001) dijo hace más de un siglo que el olvido y el error histórico son factores esenciales para la formación de una nación, y que incluso la nacionalidad se podría ver amenazada por el progreso de los estudios históricos; en suma, que las naciones requieren de mitos fundacionales tan imprecisos como funcionales para erigirse y mantenerse como tales. Para Gellner (1993), el nacionalismo tiene amnesias y selecciones propias que, pudiendo ser rigurosamente seculares, pueden ser también profundamente deformadoras y engañosas.

Pero volvamos al planteamiento inicial: la identidad nacional es una modalidad de identidad social, es decir, una identidad referida a la pertenencia o distinción de un colectivo particular. A este nivel es importante afirmar con Appiah (2007) que la identidad colectiva precede a la identidad cultural; en otras palabras, las supuestas diferencias que se establecen entre los individuos, a nivel de raza, etnia, lengua, religión, por citar algunas instancias identitarias, son posteriores a la creación de un sentimiento de identificación grupal. Según este autor, para que se empiecen a dar las identificaciones culturales se requiere la instalación de previos mecanismos de clasificación y etiquetamiento social. Mediante estos mecanismos opera en cada integrante del grupo social una especie de autoconciencia clasificatoria que no sólo se pregunta y se responde por la pertenencia a tal o cual grupo, sino que orienta su comportamiento en consecuencia con dicha adscripción. Una vez aplicadas y vividas las etiquetas, vienen los efectos sociales y psicológicos que contribuyen a perfilar las formas en que las personas se conciben a sí mismas y a sus proyectos de vida.

Parece correcto llamar “identificación” a este proceso, porque la etiqueta desempeña un papel en la configuración de la manera en que el agente toma decisiones acerca de cómo lleva una vida, es decir, en el proceso de construcción de la identidad propia. (Appiah, 2007: 117)

En el caso colombiano, desde la inauguración misma de la vida republicana, la cuestión de la consolidación de la unidad nacional fue un problema de difícil resolución por circunstancias de índole geográfica, política, económica y cultural. En tal sentido, la educación siempre fue un instrumento privilegiado para generar los sentimientos, conocimientos y habilidades proclives al imaginario de nación en curso. Ello hizo que las políticas educativas fueran objeto de fuertes disputas desde el siglo XIX hasta la actualidad, algo que de manera similar se daba en la mayor parte de las naciones latinoamericanas al igual que en otras partes del mundo (Bertoni, 2001; Urrego, 2004; Barton y Mcully, 2005 y Funes, 2006). Pese a fuertes confrontaciones y a los cambios de gobierno, los proyectos culturales dirigidos desde la escuela lograron imponerse a lo largo de décadas enteras sin notorias modificaciones. En tal sentido, la mayoría de las investigaciones coinciden en señalar que entre el siglo XIX y el XX la escuela fue una poderosa herramienta cultural de identidad nacional y la institución, por excelencia, forjadora de buenos patriotas.

Un antecedente destacado en la cimentación de la identidad nacional en Colombia se encuentra vinculado al movimiento político y moralizador de la *Regeneración*³. En ella, como respuesta a un período de gobierno y política liberal, desde un Estado abiertamente conservador y confesional se produjo la institucionalización de símbolos cuya interiorización dotó a los colombianos de una conciencia más o menos común. La patria, el himno nacional, la bandera, la fe y la moral católica, inculcados desde la escuela, harían parte del currículo en el que se formaron las generaciones de entresiglos y las del siglo nuevo.

En este contexto, la devoción a los símbolos patrios se pensó como la vía expedita de forjamiento de sentimientos nacionales. Según Betancourt (2001), para la segunda mitad del siglo XIX, los esfuerzos por consolidar en Colombia la identidad nacional desde la escuela coinciden con la producción intelectual presente en la literatura y el periodismo, especialmente. La nacionalidad se buscaba en la gesta de los héroes libertadores y, paradójicamente, en los supuestos valores de los antepasados españoles de los cuales nos habíamos independizado.

Luego de la denominada Guerra de los mil días (1899-1901) y la separación de Panamá (1903), la clase dirigente emprende la tarea de impulsar por múltiples frentes la unificación nacional. En este punto, la historia y su enseñanza tendrán un papel estratégico. Se destaca para la década la fundación de la Academia Colombiana de Historia como ente encargado de divulgar la memoria oficial del país. Dentro de sus funciones estaban:

proteger las reliquias históricas, consignar y preparar los días conmemorativos, promover el resto de los símbolos patrios, preservar en la memoria popular a los artífices de la nacionalidad mediante estatuas y placas conmemorativas.
(Betancourt, 2001: 84)

Además, la Academia tenía potestad para fundar academias regionales y supervisar y aprobar los textos para la enseñanza de la historia en el país. La Academia avala, previo concurso con motivo de la conmemoración del primer centenario de la independencia, un manual de historia –*Compendio de la Historia de Colombia*, de Gerardo Arrubla y

³ Fue denominado “Regeneración”, por parte de sus propios protagonistas, el período histórico que comprende las últimas décadas de ejercicio institucional y gubernamental del siglo XIX en Colombia, caracterizado por los esfuerzos de pacificación y unificación nacional luego de una conflictiva experiencia federalista marcada por incesantes guerras internas regionales. Tal iniciativa enmarcó la Constitución política nacional de 1886, de corte clerical, centralista, hispanizante y presidencialista.

Jesús María Henao (1911)– que se convertirá en la matriz de todos los textos escolares de ciencias sociales hasta la década de 1970.

Pinilla (2003) profundiza en el estudio de este *Compendio* y caracteriza a sus autores como herederos de la tradición ideológica del período de la Regeneración y, como tales, perpetuadores de las ideas conservadoras de sus ideólogos. La idealización de los próceres nacionales, la invisibilización de los pueblos aborígenes, la naturalización de la república como la nueva madre patria –al punto de exigir dar la vida por ella– y la devoción religiosa son los pilares de la identidad nacional en el texto mencionado. Para Pinilla, otro componente destacado en el *Compendio* es la valoración que sus autores hacen de las costumbres y maneras del hispanismo, tendencia destacada por parte de los *próceres* de 1810, hasta el punto que en las primeras actas independentistas se reconocía la autoridad del monarca español en el Nuevo Reino de Granada siempre y cuando viniera a Santa Fe a gobernar.

En suma, el texto de Henao y Arrubla materializaba el proyecto político de las élites de principios del siglo XX, que buscaban imponer un orden político caracterizado por el

retorno a concepciones medievales sobre subordinación del poder temporal al poder espiritual, la Iglesia como elemento cohesionador de la sociedad, la supeditación de la ley a la moral y el cambio del ciudadano burgués (inspirado en la revolución francesa) al ciudadano católico virtuoso. (Urrego, citado por Pinilla, 2003: 114)

De acuerdo con ello, llama la atención que durante más de seis décadas la enseñanza de la historia en Colombia no presentara mayores modificaciones ni aportes de otras disciplinas, ni en la perspectiva ideológica que la orientaba, ni en la estructura pedagógica propia de un libro de texto oficial.

Las discusiones pedagógicas que se llevaron a cabo años después en el país no se consideraron en las reediciones, tampoco se modificó la estructura narrativa de la obra, a pesar de la ampliación en la producción historiográfica. (Rodríguez, 2010: 28)

Ello es una muestra de lo poco permeable que ha sido el Estado en Colombia en cuanto a permitir o propiciar en la escuela el influjo y los avances de las ciencias sociales, en su afán por controlar los procesos de formación ciudadana.

En esta misma línea, vale la pena considerar el estudio de Herrera, Pinilla y Suaza (2003), que permite rastrear, en los textos escolares de la primera mitad del siglo XX, las relaciones entre la realidad escolar y procesos de identificación nacional oficialmente inducidos. La revisión de manuales de historia, geografía e instrucción cívica les permite concluir a estos investigadores que la promoción estatal de una identidad nacional enfatizaba la idea de *lo que se debía ser a costa de lo que se había sido*, idea impulsada, por demás, desde en un enfoque doctrinario y de supremacía de la autoridad natural y legalmente constituida –contenidos, mensajes y moralejas–, cuya estructura narrativa no daba lugar a preguntas o dudas con relación al pasado común, ni mucho menos a cuestionamientos del orden social vigente. Así que la enseñanza de la historia, en buena parte del siglo pasado, tuvo la misión de incrementar el sentimiento patriótico a través, principalmente, del reconocimiento de los héroes nacionales y las gestas militares que se dieron en la independencia; por su parte, la geografía, que versaba sobre el conocimiento y usos del territorio, impulsaba la capacidad en los estudiantes de explotación de las riquezas del país; y la instrucción cívica se inclinaba por generar ideales patrióticos, es decir, hábitos de disciplina, orden, respeto y sumisión a las autoridades políticas y eclesiásticas y a la iconografía patria. Para estos autores

se pudo establecer que el proceso de construcción de identidad nacional estuvo directamente articulado a la construcción del proyecto político del Estado nación, entendido como proyecto de élite, que dejó de lado la diversidad cultural y la pluralidad de las expresiones políticas existentes en el país conduciendo, a la vez, a la sustitución de lo nacional por lo estatal y a la imposición de un modelo de cultura política distanciado del discurso democrático promulgado por las clases dirigentes del país. (Herrera, Pinilla y Suaza, 2003: 178)

Cabe destacar el papel asignado en estos dispositivos de formación a la religión católica como modelo de *ciudadanía virtuosa*, como estandarte del *alma nacional* y como garante del *orden y la ley*. En los libros de escuela, la Iglesia, cuando no era la

encargada directa de realizarlos, daba el aval de que los contenidos no estuvieran contra las creencias religiosas, las buenas costumbres y la moral cristiana.

En otro estudio sobre la enseñanza reciente de la historia, Adolfo Atehortúa (2005) señala la superficialidad de los textos de uso en las escuelas, en particular, la presentación descontextualizada de los acontecimientos sociales e históricos, la invisibilización de personajes subalternos, la ausencia de herramientas didácticas que contribuyan a la configuración de representaciones estructurales y sistémicas de la historia y el uso desacertado y exageradamente abstracto de conceptos clave de las ciencias sociales. Predomina el aprendizaje repetitivo y memorístico en el que los resúmenes y los cuadros sinópticos tienen preponderancia. Para el autor, no se fortalece el pensamiento histórico, no se interroga el pasado y el papel del sujeto en su abordaje es pasivo y acrítico.

No obstante esta breve caracterización de los procesos de articulación de la identidad nacional mediante la enseñanza de la historia escolar, los estudios recientes reconocen nuevas perspectivas fruto de la necesidad de considerar la comprensión del pasado desde un diálogo más estrecho entre la historia académica y la historia escolar.⁴ Para Carretero (2007), estas nuevas perspectivas implican: la búsqueda de nuevas relaciones entre la representación del pasado y la identidad, sea nacional, local o cultural; el reclamo y la emergencia de historias menos míticas y más objetivadas; una nueva mirada sobre los conflictos del pasado con miras a emprender proyectos futuros; y la necesidad de hacer comparaciones entre historias alternativas de un mismo pasado.

En esta transición se hace evidente la doble función de la escuela, que desde su nacimiento obedecía, por un lado, a un proyecto ilustrado-cognitivo y, por otro, a uno romántico-nacionalista, y que luego de casi dos siglos de *abnegado servicio a la patria* y del énfasis en la educación de un ciudadano nacional, pareciera estarse deslizando hacia la formación del ciudadano global. Los sistemas escolares sienten así el impacto de un mundo globalizado que cuestiona el sentido tradicional de las fronteras

⁴ Vale la pena considerar la distinción y relación que de forma sintética establece Rosa (1994) entre distintas modalidades o registros de la historia: la *historia académico-disciplinar* o historiografía, que se configura y valida en comunidades de investigación especializadas, según la adscripción a tradiciones y enfoques teóricos y a partir del uso de herramientas metodológicas de diversa índole; la *historia escolar*, que media pedagógicamente la reproducción cultural y suele orientarse prioritariamente hacia la generación de proceso de identificación con la nación propia; y la *historia cotidiana*, que le permite a las personas organizar, al tiempo, sus propias vivencias, acontecimientos y proyecciones con los de su entorno social y cultural mediato e inmediato, valiéndose tanto de sus propios recuerdos como de los relatos que sobre el pasado dicho entorno les provee. Aquí hemos recabado, particularmente, en el segundo registro. Para una mayor profundización al respecto, véase Ruiz (2011).

nacionales, de un mercado que reclama nuevas condiciones y habilidades en los ciudadanos del planeta, pero también de multitud de grupos étnicos, culturales y políticos que exigen el lugar y los derechos que los discursos homogenizantes históricamente les habían negado.

Tal tensión se particulariza hoy en cada país, incluso en cada región, en cada escuela. Vale la pena, entonces, intentar ver cómo “el presente se configura como un momento de transición en el que lo nacional y lo posnacional luchan en el interior de las instituciones que, como la escuela, necesitan renovar su legitimidad” (Carretero, 2007: 288) y analizar cómo ese pasado, esa huella de la historia épica decimonónica aprendida en la escuela, emerge, resiste o coexiste con postulados contemporáneos que defienden valores democráticos, universales y pretendidamente respetuosos de *los otros*. Se trata, según trataremos de mostrar a continuación, de un campo abierto y en plena construcción.

Jóvenes universitarios, imaginarios de nación e identidad nacional

Para responder al objetivo de explorar y analizar la relación entre imaginarios sociales de nación, percepción de la historia de Colombia y procesos de identificación nacional en jóvenes universitarios de Bogotá de primer semestre, se realizó un estudio de carácter cualitativo centrado en los relatos de los jóvenes producidos mediante distintas formas de interacción (entrevista a profundidad, entrevista informal y grupos focales). De un grupo inicial de 155 estudiantes de instituciones públicas y privadas, con edades que oscilaban entre 17 y 23 años, de diversas carreras (psicología, medicina, ingeniería civil, licenciatura en biología, licenciatura en matemáticas y comunicación social), a quienes se les aplicó un cuestionario inicial que exploró la mencionada relación, se seleccionó el grupo de 10 jóvenes (6 hombres y 4 mujeres) con quienes se llevó a cabo una interacción más profunda y detallada entre junio y noviembre de 2010.

Sobre los imaginarios sociales de nación

En la exploración inicial, con el conjunto de los jóvenes participantes, se encontró que la mayoría de estos estudiantes recién ingresados al mundo de la universidad se refiere a Colombia como una nación diversa y plural. Destacan, básicamente, la belleza de sus

paisajes y de su geografía y la particularidad de su riqueza cultural. La suma de las percepciones negativas (vinculadas con el subdesarrollo, el conflicto interno y el narcotráfico) ocupa un lugar marginal frente a los aspectos positivos destacados (música, cultura y paisajes, entre otros). Llama la atención las escasas referencias hechas al deporte, particularmente al fútbol, teniendo en cuenta la marcada aceptación que este ítem suele tener entre los jóvenes, hecho que podría tener alguna explicación en que la mayoría de los participantes fueron mujeres, que, para el caso colombiano, se muestran mucho menos inclinadas hacia este tipo de afición que los hombres.

Esta marcada preferencia por destacar los aspectos positivos de la nación propia coincide con lo encontrado por Pugas (2008) para el caso brasilero. Allí, las referencias a la nación y la identificación con ella se apoyan en la fiesta, la alegría, la confraternidad y, sobre todo, en el paisaje y la cultura.

Volviendo al caso del presente estudio, más allá del registro escolar en el que se soporta buena parte de las respuestas de estos jóvenes universitarios, es posible observar el relativo éxito de un discurso oficial de los últimos años que suele difundir por múltiples medios de comunicación (documentales, programas promocionales y avisos comerciales) la idea de que Colombia es un “paraíso de bellezas naturales”. Aspecto este que pareciera hacer las veces de un renovado núcleo identitario que deviene, igualmente, en un nuevo mito, en un relato nacional que, si bien prescinde de una épica heroica y de gestas gloriosas, sirve de centro discursivo generador, en torno al cual giran los demás acontecimientos y con el cual se establecen permanentes vínculos y comparaciones, hacia donde se camina y de donde se quiere partir (“aspiro a conocer toda Colombia”, dice orgullosa una de las jóvenes), el lugar de los afectos y de las opciones (“amo a Colombia, porque es muy bella”, añade otro joven) y el baremo con el que medirán sus futuras experiencias y proyecciones (“sueño con que todos los colombianos puedan disfrutar de sus paisajes”, remarca otra de las estudiantes).

También es posible rastrear en este vínculo con el territorio de la nación propia una transición descrita por Néstor García Canclini, según la cual la identidad deja de ser un amarre intemporal ligado a la historia, perdiendo así importancia las referencias a los acontecimientos fundadores, acercándose mucho más al mundo de las artes, la literatura o el folclor permeados por “los repertorios textuales e iconográficos provistos por los medios electrónicos de comunicación y la globalización de la vida urbana” (1995: 95). En este estudio, estos repertorios son reconocidos por los jóvenes especialmente a través de los medios de comunicación visual, espacio en el que también se hace posible la

valoración de la vida rural como el lugar de lo vernáculo, lo permanente, lo incontaminado, lo propio.

Se trata de una base si se quiere mítica, cargada de afectos y valoraciones: “Colombia es el país más bonito del mundo aunque hay gente que lo daña”; “ya somos potencia natural, pero podríamos ser potencia industrial, potencia ecológica, turística, de todo”. Se trata de lo cercano en lo más lejano, pues la gran mayoría de estos jóvenes, particularmente quienes estudian en universidades públicas y proceden de sectores populares, no ha tenido muchas posibilidades de recorrer y conocer el territorio que ponderan. Paradójicamente, escasean los argumentos para justificar la decisión de quedarse en Colombia frente a la pregunta que alude a la hipotética posibilidad de vivir en otro país. De este modo, la nación narrada no coincide con la vivida, o, en otras palabras, la nación en la que todos deberían caber no se corresponde con la que le es negada a la mayoría. Así, mientras al menos la cuarta parte de los jóvenes indagados dice que quiere irse del país, el resto, si bien no descarta la posibilidad de viajar, preferiría luego volver para quedarse. Contrasta la sensación de querer hacer algo por una nación que, enfatizan, no hace mucho por ellos, entonces justifican el deseo de irse (para que otro país haga algo por ellos) para regresar en condiciones de poder hacer algo por la propia nación.

Contrario al espíritu de las anteriores afirmaciones, al momento de establecer equiparaciones más concienzudas entre su propia nación y otras naciones –quizá fruto de los crecientes procesos de globalización que hacen que el ciudadano común conozca más de otros territorios y tenga cuidado de ensalzar lo propio en detrimento de lo ajeno, o quizás motivados por la lógica de la pregunta y por la ausencia de criterio respecto de *mejor, igual o peor*–, predominan respuestas del tipo: “Colombia es igual a cualquier nación del mundo”. Un porcentaje más pequeño de jóvenes la considera mejor y uno aún más minoritario la considera peor. Esta idea confirmada en las entrevistas contradice buena parte de las investigaciones consultadas, especialmente en países como Argentina, México y España (Hoyos, Del Barrio y Corral, 2006; Pérez, 2012), en los que la idea de supremacía nacional es notoria en las respuestas de los escolares. Las huellas del pasado reciente vinculado al conflicto interno, a la violencia, a la desigualdad que históricamente ha caracterizado a la sociedad colombiana, sumado a la dificultad de identificación de un mito fundacional (Urrego, 1998, 2004; Uribe, 2001; Bolívar, 2006), probablemente den cuenta de la especificidad de este hallazgo.

Es posible colegir que, si bien el discurso sobre lo nacional opera eficazmente creando imaginarios de distinción, como el paisaje y la riqueza natural, ello no necesariamente se convierte en un elemento de sobrevaloración sobre las demás naciones –aspecto clave del nacionalismo–, entre otras cosas porque la historia de Colombia no ha estado signada por períodos nacionalistas o populistas –exceptuando efímeros esfuerzos en la década de 1930 (Álvarez, 2007) y el frustrado ascenso al poder de Jorge Eliecer Gaitán, asesinado a fines de la siguiente década–, y ha sido diferente a otras naciones latinoamericanas que en algunos momentos de su historia o bien mantuvieron fuertes conflictos fronterizos o bien recibieron un fuerte aluvión inmigratorio.

A propósito de la pregunta “¿cuál es el valor nacional más importante?”, aparecen opiniones divididas entre quienes invocan una nación esencialista y ahistórica y quienes la conectan con un sentido de solidaridad con quien lo necesita. Algunas respuestas tomaron distancia del nacionalismo en el sentido de no guardar una reverencia incuestionada hacia el pasado, y otras enfatizaron más en la bondad del colombiano, aunque se reconoce que el país es visto en el extranjero como epicentro de droga y grupos armados ilegales, imagen que, dicen, no siempre corresponde con la realidad.

Mucho de los jóvenes participantes coinciden en afirmar estereotipos regionales a propósito de la alusión a valores nacionales: el empuje del paisa (de la región de Antioquia y el eje cafetero), la frialdad del bogotano, el ambiente del costeño (habitante del Caribe), elementos estos que, como se mencionó arriba, fungen muchas veces como mecanismos de segregación y clasificación de la población (Herrera, Pinilla y Suaza, 2003). Esta identidad cultural propia de las regiones es

por tanto, la forma en que algunas “disposiciones adquiridas” y naturalizadas son presentadas por los actores sociales como los rasgos o las virtudes esenciales que los diferencian y los convierten en un nosotros perfectamente diferenciable de ellos... Los contenidos de la identidad son objeto de disputa política, pues facilitan la categorización y jerarquización social. (Bolívar, 2006: xi)

También se reiteran ideas tomadas de los medios de comunicación en las que “el colombiano” es alguien que suele triunfar en el exterior, al tiempo que extraña y ama más al país. Uno de los jóvenes dice: “el sentido de pertenencia del colombiano es mayor que el de los otros países. Como que un colombiano en otra parte se identifica

demasiado”. La excepcionalidad de pertenecer a este país es reiterada en varios testimonios y narrada de varias maneras por los entrevistados.

El imaginario social del país es ambiguo y polivalente, oscila entre la valoración positiva y el dolor, entre la nostalgia de imágenes emblemáticas y la añoranza de elementos vernáculos de la región a la que se pertenece. Los jóvenes insisten en reconocer las riquezas naturales del territorio, en su conjunto, el deseo de hacer algo positivo por su país y la convicción de que el colombiano tiene una manera particular de ser y de pensar que no resulta fácil de definir o caracterizar.

Acerca del sentido de pertenencia

Un aspecto clave de la identidad nacional es el sentido de pertenencia a una historia común, o, sería más preciso decir, a un pasado que se representa y se recuerda como si fuese común y la convicción de hacer parte de la sociedad derivada de dicha historia. Para Smith (1997), este tipo de identidad tiene un fuerte cariz político, pues supone ciertas instituciones comunes, un código de derechos y deberes para toda la comunidad, además de la existencia de un territorio bien definido y delimitado. En este punto, la identidad nacional se cruza con la ciudadanía porque ambos procesos y condiciones políticas invocan los derechos de pertenencia concreta a un territorio y de vinculación abstracta a una nación. De este modo, la esfera política de la identidad nacional apela o promueve a un grupo nacional amplio y diverso que se concibe a sí mismo en términos de proyecto, con posibilidad y capacidad de autodeterminación (Ruiz y Carretero, 2010).

De manera puntual, en este estudio, más allá de las distintas adscripciones identitarias de los jóvenes a diversos grupos de referencia (barriales, universitarios, estéticos, etcétera), la gran mayoría dice sentirse muy colombiano/a y ninguno/a adolece o rechaza esta adscripción, la cual enlaza, además, aspectos de índole emocional (“sentirse colombiano o muy colombiano”) con aspectos de naturaleza cognitiva (“reconocerse colombiano, saberse colombiano”). Al respecto, vale la pena considerar el planteamiento de Hall (2003), para quien los procesos identitarios se resuelven más en el *devenir* que en el *ser*. Es decir, no es la respuesta a la pregunta *quiénes somos* o *dónde venimos* la que articula un sentido de identidad, sino los esfuerzos por responder la cuestión sobre *en qué podríamos convertirnos*. Por eso, esta tendencia en las respuestas de estos jóvenes podría entenderse más en términos de anhelos de

colombianidad, añoranza de pertenencia, deseo de ser más colombiano, en particular, en consideración de elementos territoriales, emocionales y culturalista. La esfera política se difumina en estas referencias, toda vez que escasean alusiones a aspectos tales como la normatividad, la constitucionalidad o los derechos para invocar la colombianidad. Este lugar marginal de la esfera política es, evidentemente, muy político, pues trasluce una postura desinteresada de los asuntos de la legitimidad o de la impugnación de las estructuras de poder del Estado nación con el que se configuran procesos identitarios.

De modo complementario, ante la pregunta “¿cuándo te sientes más colombiano?”, los jóvenes con posibilidades y recursos de movilidad respondieron que fundamentalmente cuando viajaban por el país o fuera de él o cuando cantaban el himno nacional. Respecto de esto último, uno de los jóvenes señala: “En las escuelas deberían ponerle más seriedad cuando se canta el himno”. Al preguntarle por las razones, agregó: “porque es lo nuestro, porque es lo propio del país”. Aparece así la fuerza del ritual, la capacidad de convocar voluntades en un *nosotros* reverencial: lo sacro en medio de lo mundano.

Los jóvenes dejan, una vez más, lo político fuera de los límites de su proceso identificadorio. Se suspende o borra la capacidad de exhortación de esta esfera a fuerza del desprestigio del ejercicio de la política profesional, lo cual comporta como riesgo más notable el sacrificio de la capacidad de participar y decidir sobre el objeto mismo de sus identificaciones. Acorde con estas formas de pertenencia políticamente despolitizadas, en los tiempos que corren dicha esfera se juega mucho más en encuestas de opinión y en etiquetas de imagen que en propuestas, contenidos y programas. Estas realidades, de acuerdo con Lechner (2002), se dan por el desdibujamiento tradicional de lo político, que sucede fundamentalmente por la ausencia de un proyecto común y la carencia de memorias colectivas reivindicables, lo cual suele producir una peligrosa obsesión por el presente ante la sospecha fundada o infundada de no esperar nada del futuro, pues ni instituciones, ni colectividades, ni agentes socializadores transmiten mayor confianza en proyectos colectivos por los cuales empeñarse o luchar.

Insistimos en que la identificación con la nación propia por parte de estos jóvenes no enlaza una esfera política vinculada a la reivindicación de un derecho o a la construcción de apuestas sociales, aunque sí en relación con querer formar parte de una instancia o proyecto común. De esta manera, aparecen valoraciones de la idea de estar juntos, de compartir con otros. Ante la pregunta “¿qué te hace sentir colombiano?”, uno de los jóvenes entrevistados afirma:

No sé... Salir a la calle, sí, ver a la gente un viernes. Antes, cuando estaba el septimazo (cierre parcial de una vía céntrica de Bogotá para propiciar concurridos recorridos peatonales), ver toda esa diversidad cultural. ¿Qué más me hace sentir colombiano? También los partidos de fútbol de la selección, cuando toda la gente se une, no importa de qué equipos sean, no importa nada, la gente se une. La música, los carnavales. Básicamente eso.

Se pone de manifiesto la importancia del territorio cercano, la oportunidad de explorar y transitar los lugares que pertenecen a todos. La nación es lo familiar, la ciudad, los sitios que dan cuenta de la diversidad, el deporte, la fiesta. La nación también es lo inmediato, lo tangible, lo disfrutable. La ciudad emerge entonces como el escenario donde es posible disfrutar y ejercer la identificación nacional, la nacionalidad, gracias al flujo, la fiesta, la comunidad, el encuentro. Pareciera que las políticas públicas de recuperación del espacio público, mejoramiento de infraestructura y (re)ordenamiento territorial en muchas ciudades colombianas de los últimos años van dejando huella en la subjetividad de jóvenes que habitan su territorio urbano con mayor sentido de pertenencia (Arias y Romero, 2005). Se podría decir que la nación se achicha porque el espacio, el territorio nacional, se representa como más cercano y porque lo político deviene en criterios afectivos y estéticos; pero en un sentido culturalista se agranda porque las representaciones de los nacionales y los vínculos que se proyectan con estos se complejizan. De este modo, podemos decir que la nación se habita de diferentes formas. Cuando son preguntados por el sentido de pertenencia del nacional, del habitante común, los jóvenes no expresan unidad de opinión, aunque coinciden en indicar que “la mayoría de la gente no quiere lo nuestro”. Uno de los entrevistados arguye: “alguien con poco sentido de pertenencia rechaza todo lo que Colombia tiene... su cultura y todo ese tipo de cosas, las costumbres y todo, como que no le agrada, demuestra indiferencia ante ellas”. Buena parte de estos jóvenes se alinea en lo que podríamos llamar *voluntarismo de la identidad*, por lo que les resultan inaceptables las actitudes que develan indiferencia frente a las cosas de la nación valoradas positivamente por ellos, así como las respuestas emocionales poco comprometidas con la herencia cultural que se supone que recorre a todos. La nación es una entidad que no se debe ignorar o cuestionar; quienes así actúan moran las márgenes de lo que nos une, de lo que nos vincula, de lo que somos, parece ser el mensaje en estas posturas emocionalmente comprometidas.

Por otra parte, ante la cuestión de quiénes son los que mayormente portan o representan la condición nacional, los jóvenes mencionan a los mayores. Las personas viejas, entonces, tendrían mayor sentido de pertenencia con su nación. En relación con distintos grupos sociales, los jóvenes ven a los campesinos como el sector poblacional con mayores índices de identificación con la nación propia, mientras que en referencia a los distintos grupos étnicos que habitan en Colombia, establecen una jerarquía de mayor a menor grado de sentido de pertenencia a la nación en la que los grupos indígenas ocupan el escalón más alto, los mestizos (grupo étnico dominante) el intermedio y la población negra, el último. Llama la atención que los más claros representantes de la identidad nacional –quienes mayor pertenencia denotan– son opuestos o, al menos, distintos a estos jóvenes (pertenecen a otros grupos etarios, poblacionales y étnicos), que en buena parte de sus respuestas se muestran proclives a la valoración positiva de su propia nación. El sentido de pertenencia que dicen tener es, en todo caso, inferior al que atribuyen a otros grupos sociales, por lo que, a pesar de los sentimientos favorables y la valoración positiva de su nación, estarían en una especie de deuda identitaria con ella. Esta deuda identitaria podrían resolverla, en principio, las nuevas generaciones, los niños, en quienes estos jóvenes fincan sus esperanzas de un sentido de pertenencia que haga bien a todos, esto es, a la sociedad nacional. Así, las ideas de una fuerte pertenencia a la nación en relación con la tradición (los viejos, los campesinos), lo autóctono (los indígenas) y el futuro (los niños) vinculan, en el imaginario social de nación de estos jóvenes, la nostalgia y la esperanza, sentimientos morales en los que se sostiene una relación intangible –lo que ya fue y lo que aún no es–, pero significativa con la nación propia. La fuerza de la identidad nacional está en el pasado y en el futuro, porque en el presente, como enfatizó unos de los jóvenes entrevistados, “estamos en el limbo todavía”, en el no-lugar.

Escuela e identidad nacional

Históricamente, la escuela ha sido un valioso instrumento de fabricación de identidad nacional, generadora de conocimientos, valores, sentimientos y hábitos de comportamiento proclives a los intereses de las naciones y de quienes, como en el caso de las élites políticas, se definen como sus legítimos representantes. Parte de la pretensión del presente estudio fue preguntar por los vínculos identitarios de los jóvenes

con su nación y sopesar el lugar y el peso del registro escolar (Kriger, 2010) en dicho proceso.

Entre los hallazgos del presente estudio se puede destacar el hecho de que los jóvenes de distintas carreras universitarias en Bogotá fijan principalmente la identidad nacional, o mejor sería decir la identificación con la nación propia en términos filiales, emocionales, valorativos, con una tendencia política desinstitucionalizada, a partir de lo cual se sostiene su idea de pertenencia a una sociedad nacional. Claramente muy pocos consideran que se trata de un asunto de poca importancia.

Ante la pregunta que podría considerarse de carácter reflexivo “¿Qué es para ti la identidad nacional?” –dado que se trataba de una de las cuestiones centrales del estudio, indagada mediante otras preguntas y centrada en sus testimonios–, algunos jóvenes responden apelando a su vínculo con el territorio, particularmente a adscripciones regionales; en otras palabras: “la identidad nacional es la vinculación con el territorio de la nación o con una parte de él”. Otras definiciones expresan un carácter moral, valores positivos tales como el respeto: “es demostrar ser un buen colombiano, aceptar todo lo que acá se da, lo bueno, y lo de acá es nativo, y respetar también eso. Respetar también que si una persona es, no sé, de diferentes regiones, respetarla y, no sé, como agradecerle lo que hace”. Otra de las respuestas, mucho más amplia, apela al orgullo de ser y pertenecer:

La identidad nacional es algo que cada cual tiene, y nacional es referente a este país. Entonces, identidad nacional sería como querer y valorar lo de uno en este país, o sea, “yo soy colombiano y lo defiendo porque es mi identidad nacional y nadie me la quita”. Yo soy de acá. Yo tengo identidad nacional, yo digo: soy colombiana a mucho honor. Hay mucha gente que puede tener su identidad más como departamental [provincial], se identifican mucho con las cosas de su propia región, hasta en su habladito, los paisas, cada uno así... Es una forma de marcar su propia identidad. Otros, su forma de vestir, sus bailes, la música que escuchan, la comida, cosas así, gente que dice “a mí me gustan porque yo soy de ahí y es lo mío”; entonces, se marca mucho esa identidad, por ese lado. También muchas personas que dicen “yo vivo mi país”, es porque les gusta, no le ven tanto lo malo, sino lo bueno. Aunque, como toda persona, muchos no le ven sino las cosas negativas y todo eso, pero la gran mayoría hasta se goza un viaje en Transmilenio [sistema de transporte masivo en Bogotá, particularmente congestionado en horas pico].

Como hemos mostrado antes, la identificación de estos jóvenes con la nación propia enlaza elementos del arte, la cultura, el folclor, aquí complementados con lo ancestral, lo auténtico, lo incontaminado, lo intangible, lo que enmarca las relaciones afirmativas con el pasado, con las raíces, con la tradición. El siguiente testimonio así parece ilustrarlo:

Me parece importante que los colombianos tengamos, pues, claras nuestras raíces, porque tenemos que conocernos realmente desde lo que fuimos, desde lo que fueron los antepasados, y de este modo podemos saber lo que somos.

De nuevo, muy pocos defienden la identidad nacional en relación con aspectos institucionales o legales, y sólo uno se refirió al infortunio, para el caso, las dificultades que tiene un colombiano para transitar por el mundo:

La identidad nacional pesa cuando la gente va a pasear fuera del país, tiene que sacar visa y todo eso. Entonces, si estamos en un mundo libre, ¿por qué tiene que haber fronteras y estatutos? Uno, si llega sin papeles al otro lado, lo devuelven o lo encarcelan. Ahí se acaba la libertad de uno.

Cuando son cuestionados por el papel que le atribuyen a la escuela en la configuración de la identidad nacional, estos jóvenes universitarios se muestran nostálgicos con el tipo y el sentido de educación recibida, particularmente en la escuela primaria:

Me enseñaron a respetar, no sé, los símbolos patrios. Cuando había izadas de bandera y ese tipo de cosas, realizaban actos culturales que realizaban diferentes partes del país: bailes, teatro. Eso, en realidad, sí guarda la esencia de lo que es uno ser colombiano.

De modo complementario, se quejan de que en la secundaria muchos de estos valores se pierden.

De modo complementario, al ser indagados por los principales escenarios de construcción de la identidad nacional, la gran mayoría de estos jóvenes responden que principalmente son la escuela y la familia, algunos mencionan los medios de comunicación y una minoría, la calle. Al ser indagados puntualmente por el papel de la

escuela, la mayoría de los jóvenes considera que su principal función es, justamente, inculcar la identidad nacional. Y la manera de hacerlo enlaza, desde sus perspectivas, mucho más la promoción de un sentido de pertenencia que el conocimiento sobre la nación propia o los valores que ella despierta o puede despertar en los connacionales. Esto permite constatar lo que otros estudios en el campo han evidenciado en otros contextos (Barton y Mcully, 2005; Carretero, 2007; Kriger, 2010; Ruiz, 2011; entre otros), en suma, que la enseñanza de la historia, en particular, y el dispositivo escolar, en general, se proponen la formación de un ciudadano leal a su nación y obediente a sus disposiciones, aunque para hacerlo tengan que recurrir a anacronismos del tipo que destaca Hobsbawm de buscar en el pasado una gesta gloriosa que justifique el presente o de profundizar en la “sensación de pertenecer a una antigua tradición de sublevaciones [lo que] proporciona una gran satisfacción emocional” (1998: 34). De allí la exhortación de muchos jóvenes del rescate de los próceres en la enseñanza escolar: “sería muy bueno que enseñaran más la vida de los héroes de la patria”, algo que podría entenderse, igualmente, como repercusión de la propaganda, de las campañas publicitarias oficiales de corte cívico-militar en Colombia, a propósito de las celebraciones del segundo bicentenario, en las que la parafernalia histórica puesta en escena está claramente al servicio de un vínculo entre un pasado independentista y un presente de superación, orgullo y lucha contrainsurgente.

Consideraciones finales

Para nadie es un secreto que las identificaciones sociales configuran buena parte de la subjetividad de los seres humanos (Smith, 1997; Taylor, 2013; entre otros). Ellas portan los vínculos, orientaciones y, fundamentalmente, sentidos de pertenencia a distintos grupos sociales. La respuesta a la pregunta “¿quién soy?” enlaza muchas adscripciones identitarias en una persona, y una de ellas, aún hoy de las más importantes, es la identidad nacional: los vínculos cognitivos, afectivos, morales y políticos con la nación a la que se *pertenece* o de la que se hace parte.

La escuela sigue siendo una institución relevante en el forjamiento de la identidad nacional. Así lo reconocen estos jóvenes universitarios colombianos echando mano tanto a sus propias experiencias como a sus concepciones del deber ser. En este caso, los procesos de identificación con la nación propia articulan una esfera existencial y una

moral desde un horizonte político a su vez configurado por valoraciones románticas pero positivas del pasado y por esperanzas de un futuro bienestar, que, por otra parte, no depende ni de proyectos políticos particulares ni de la legitimidad institucional del Estado. Puede decirse, entonces, que el objeto de la identificación es aquí más la nación (territorial, poblacional, cultural) que el Estado nación, y que este último, a pesar de promover y hacer posible la identificación con la nación propia vía escolarización, representa un tipo de racionalidad –estratégica– ajena a las experiencias de estos jóvenes, decepcionados del ejercicio de la política profesional y de un orden institucional que históricamente ha sostenido la desigualdad y la sigue reproduciendo y acentuando.⁵

Estos procesos identitarios empapados de afectos, emociones, añoranzas, deseos y anhelos reales e imaginarios que configuran, en buena medida, la subjetividad de muchos colombianos jóvenes son, igualmente, una respuesta a lo que el Estado nación en Colombia ha querido definir o configurar como sociedad nacional. Se trata de una salida reactiva que refleja una adscripción identitaria compleja, variopinta, que requiere ser estudiada y caracterizada con mayor nivel de detalle, si lo que se pretende es comprender los muchos sentidos de lo que significa hoy ser colombiano o colombiana.

Bibliografía

Anderson, B. (2006). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.

Appiah, K. (2007). *La ética de la identidad*. Buenos Aires: Katz.

Arias, D. y M. Romero (2005). *La ciudadanía no es como la pintan. Una mirada desde los jóvenes*. Bogotá: Viento Sur.

⁵ Según el Índice de Gini, instrumento diseñado para medir el nivel de desigualdad de las sociedades nacionales y de las distintas regiones del mundo (teniendo en cuenta el ingreso per cápita de los hogares), Colombia ocuparía un lugar poco honroso. “Según datos de Naciones Unidas para 2005, con un Gini de 0,55 Colombia estaría entre los primeros del mundo, detrás de apenas un puñado de países y en el pelotón de otras naciones latinoamericanas de niveles de desarrollo mucho más bajos, como Guatemala. Jairo Núñez, de Fedesarrollo, afirma que, según la última Encuesta de Calidad de Vida que hace el Dane, el Gini colombiano habría llegado en 2008 a 0,59, uno de los más altos, si no el más alto del planeta y, quizá, el más alto de América Latina, la región más desigual del mundo” (Información de la revista *Semana* del 12 de marzo de 2011. Disponible en: <http://www.semana.com/nacion/articulo/desigualdad-extrema/236705-3>).

- Arias, J. (2005). *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano. Orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales*. Bogotá: Universidad de Los Andes.
- Barton, K. y L. Levstik (2004). *Teaching History for the Common Good*. New Jersey: Earlbaum.
- Barton, K. y A. Mcully (2005). "History, Identity, and the School Curriculum in Northern Ireland". En: *Empirical Study of Secondary Students' Ideas and Perspectives. Journal of Curriculum Studies*, No. 1, Vol. 37.
- Bertoni, A. (2001). *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Betancourt, A. (2001). *El populismo y el nacionalismo en la historia contemporánea de Colombia. Un problema historiográfico (imaginar la nación, soñar con el desarrollo: usos políticos de la historia en Colombia)*. Tesis de doctorado. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Bolívar, I. (ed.). (2006). *Identidad cultura y formación del Estado en Colombia: colonización, naturaleza y cultura*. Bogotá: Universidad de Los Andes.
- Carretero, M. (2007). *Documentos de identidad. La construcción de la memoria histórica en el mundo global*. Buenos Aires: Paidós.
- Funes, P. (2006). *Salvar la nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*. Buenos Aires: Prometeo.
- García Canclini, N. (1995). *Consumidores y ciudadanos: conflictos multiculturales de la globalización*. México: Grijalbo
- Gellner, E. (1993). *Nations and Nationalism*. New York-Cornell: Ithaca.
- Glover, J. (2003). "Naciones, identidad y conflicto". En: McKim, R. y J. McMahan (comps.). *La moral del nacionalismo, Vol. 1. Orígenes*. Barcelona: Gedisa.
- Hall, S. (2003). "Introducción: ¿quién necesita 'identidad'?". En: Hall, S. y P. du Gay (comps.) *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Herrera, M., A. Pinilla y L. Suaza (2003). *La identidad nacional en los textos escolares de ciencias sociales. Colombia 1900-1950*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.
- Hobsbawm, E. (1994). "Identidad". En: *Revista Internacional de Filosofía Política*, Nro. 3. Madrid: UNED.
- (1998). *Sobre la historia*. Barcelona: Crítica.
- Hoyos, O., C. del Barrio y A. Corral (2006). "El significado cognitivo y afectivo de la identidad nacional en niños y adolescentes colombianos y españoles" En: Carretero, M.,

- A. Rosa y M. González (comps.). *Enseñanza de la historia y memoria colectiva*. Buenos Aires, Paidós.
- Kruger, M. (2010). *Jóvenes de escarapelas tomar. Escolaridad, comprensión histórica y formación política en la Argentina contemporánea*. La Plata: Edulp.
- Kruger, M. y M. Carretero (2010). “Enseñanza de la historia e identidad nacional a través de las efemérides escolares”. En: Carretero, M. y J. Castorina (comps.). *La construcción del conocimiento histórico. Enseñanza, narración e identidad*. Buenos Aires: Paidós.
- Ortiz, R. (2004). *Otro territorio. Ensayos sobre el mundo contemporáneo*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Palacios, M. (2003). *Entre la legitimidad y la violencia: Colombia 1875-1994*. Bogotá: Norma.
- Pérez, I. (2012). “Identidad nacional y sentidos de los jóvenes sobre su Nación”. En: *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud* 10 (2). Manizales: Universidad de Manizales, CINDE.
- Pinilla, A. (2003). “El *Compendio de historia de Colombia* de Henao y Arrubla y la difusión del imaginario nacional a comienzos del siglo XX”. En: *Revista Colombiana de Educación*, Nro. 45. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.
- Pugas, M. de Souza (2008). “Identidad nacional: sentidos negociados no currículo de História das séries iniciais do ensino fundamental”. *Mestre em Educação*. Rio de Janeiro: Universidade Federal do Rio de Janeiro.
- Renan, E. ([1882] 2001). *¿Qué es una nación?* Madrid: Sequitur.
- Rosa, A. (1994). “What do people consume history for? (If they do). Learning history as a process of knowledge conception and construction of meaning”. En: Carretero, M. y J. Voss (comps.). *Cognitive and Instructional Processes in History and Social Sciences*. Hillsdale-New Jersey: Erlbaum.
- Ruiz, A. (2007). “¿Ciudadanía por defecto? Relatos de la civilidad en América Latina”. En: Schujman, G. e I. Siede (comps.). *Ciudadanía para armar*. Buenos Aires: Aique.
- (2011). *Nación, moral y narración. Imaginarios sociales en la enseñanza y el aprendizaje de la historia*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Ruiz, A. y M. Carretero (2010). “Ética, narración y aprendizaje de la historia nacional”. En: Carretero, M. y J. A. Castorina (comps.). *La construcción del conocimiento histórico. Enseñanza, narración e identidades*. Buenos Aires: Paidós.
- Smith, A. (1997). *La identidad nacional*. Madrid: Trama.

Taylor, C. (1989). *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*. Barcelona: Paidós.

— (2013). “Por qué la democracia necesita el patriotismo”. En: Nussbaum, M. *Los límites del patriotismo. Identidad, pertenencia y “ciudadanía mundial”*. Barcelona: Paidós.

Uribe, M. T. (2001). *Nación, ciudadano y soberano*. Medellín: Corporación Región.

Urrego, M. (1998). “Mitos fundacionales, reforma política y nación en Colombia”. En: *Revista Nómadas*, Nro. 8, abril. Bogotá: Universidad Central.

— (2004). *La crisis del Estado Nacional en Colombia. Una perspectiva histórica*. Morelia: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.